

tes de ciertas casas? Pues el cristiano que es un siervo de Dios, debe dejarse conocer por su librea, y la librea de los siervos de Dios, son las virtudes. Un hombre habituado al pecado, uno que es la soberbia por costumbre, usurero por su ambicion, hipócrita por ganarse reputacion, ó que vive en criminales tratos, ¿podrá llamarse discípulo ó profesor de la doctrina de Jesucristo que nos dió ejemplos admirables de todas las virtudes, y las manda practicar? ¿Se creerá con derecho á una gloria ofrecida únicamente á aquellos que son observadores de la divina ley? ¡ Ah! Que yo no puedo menos de horrorizarme al contemplar el destino del pecador obstinado, la desgracia de aquel que está muerto en el sepulcro de las maldades.

Pecadores: Jesucristo lleno de bondad quiere verificar un prodigio con vosotros, desea obrar el milagro de vuestra resurreccion, y puesto que el pecado, cuya gravedad y consecuencias habeis visto, es la losa que os aprisiona, apresuraos á levantarla. *Tollite lapidem.* Hoy podeis hacerlo, y mañana tal vez será tarde, reconciliaos con Jesucristo por medio de la penitencia, llorad vuestros pasados extravíos, y emprended una vida verdaderamente cristiana, y de este modo lograreis vuestra espiritual resurreccion. *Tollite lapidem.*

Amorosísimo Redentor nuestro: así os lo ofrecemos desde este momento, y os suplicamos postrados en vuestra presencia, os digneis perdonar nuestros pasados extravíos, y darnos vuestra divina gracia, á fin de que adelantemos rápidamente en la práctica de las virtudes. Y ahora en prueba de nuestro dolor por haberos ofendido, os decimos de lo íntimo de nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo, etc.*

## SERMON

### PARA LA DOMINICA DE PASION.

**Las persecuciones suscitadas contra Jesucristo y su Iglesia desde el nacimiento del Cristianismo, solo han servido para aumentar sus triunfos y victorias y para hacer resplandecer mas y mas la verdad católica.**

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*

Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

Joan. cap. VIII, v. 46.

Tocaba á su término la predicacion de Jesucristo: milagros estupendos obrados á cada paso y á presencia de la multitud de gentes que le seguia por todas partes, confirmaban su celestial doctrina, y demostraban palpablemente su divinidad. Esto no obstante, lejos de convencerse los judíos, buscaban los medios de perderle. Hallábase el Salvador en el templo cinco ó seis meses antes de su muerte, y aprovechando la ocasion de verse rodeado por una multitud de israelitas, hizo un largo y admirable discurso, dándoles en

rostro con su incredulidad, y esplicándoles al mismo tiempo su union con el Padre, el carácter y la potestad que de El habia recibido, y la verdad y excelencia de su doctrina. Escuchad, señores, el testo evangélico en el que San Juan nos dá cuenta de este suceso, y el que la Iglesia pone á nuestra consideracion en la presente dominica: «¿Quién de vosotros, les dijo Jesucristo, me argüirá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, oye la palabra de Dios. »Por eso vosotros no la oís, porque no sois de Dios. »Los judíos respondieron, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y que tienes demonio? Jesus respondió: Yo no tengo demonio, »mas honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado. Y yo no busco mi gloria: hay quien la busque »y juzgue. En verdad, en verdad os digo, que el que »guardare mi palabra, no verá muerte para siempre. »Los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes »demonio. Abraham murió y los profetas, y tú dices: »El que guardare mi palabra, no gustará muerte para »siempre. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y los profetas que »tambien murieron? ¿Quién te haces á tí mismo? Jesus les respondió. Si yo me glorifico á mí mismo, mi »gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica, el »que vosotros decís que es vuestro Dios, y no le conocéis, mas yo le conozco. Y si dijere que no le conozco, seré mentiroso como vosotros: mas le conozco y »guardo su palabra. Abraham vuestro padre deseó »con ánsia ver mi dia: le vió, y se gozó. Y los judíos »le dijeron: ¿Aun no tienes cincuenta años, y has visto »á Abraham? Jesus les dijo: En verdad, en verdad os »digo, que antes que Abraham fuese, yo soy. Toma-

»ron entonces piedras para tirárselas: mas Jesus se »escondió, y salió del templo.»

Tal es el trozo del Evangelio que se ha leído en la misa de este dia, y que es un rico y abundantísimo venero de la mas pura y celestial doctrina. El Evangelio con cerca de diez y nueve siglos de existencia, siempre es nuevo. El pasage que acabamos de narrar parece dirigido, y de hecho les conviene á los incrédulos modernos, que desconociendo á Jesucristo, y menospreciando á la Iglesia, combaten sin tregua ni descanso la única doctrina de verdad que puede salvarnos. Habla hoy Jesucristo por el órgano de su vicario y representante en la tierra, y en el instante los corifeos de la impiedad esclaman como los judíos al escucharle en el templo: *Nonne bene dicimus nos quia samaritanus es tu et dæmonium habes?* ¿No decimos bien nosotros que eres samaritano, y que tienes demonio? Esto es: ¿No decimos bien que esa enseñanza, que esa doctrina trasmitida por el Gerarca Supremo de la Iglesia á los demas ministros, y por estos á los pueblos, es contraria al orden, al progreso, á la civilizacion de la sociedad? ¿No decimos bien que el sacerdocio debe ser esterminado de la tierra, porque de otro modo seremos arrastrados al despotismo tiranizador? Nosotros no queremos reconocer principio alguno de autoridad, aspiramos á una absoluta independenciam así en el orden religioso como en el político: no queremos otra ley que nuestros propios caprichos. ¿No decimos bien que debemos ahogar entre los gritos revolucionarios la voz del Evangelio? *Nonne bene dicimus nos quia samaritanus es tu et dæmonium habes?*

Una rápida ojeada sobre el estado que hoy presentan las sociedades cristianas barrenadas en su interior

por el espíritu del moderno filosofismo, os hará comprender que tales son las voces de los enemigos de la verdad católica. Y á todo esto la Iglesia con la mansedumbre de su Fundador Divino tan solamente compadeciéndole, les dice: *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* ¿Si os digo la verdad por qué no me creéis?

Examinando, pues, en el presente discurso los combates dirigidos contra la Iglesia desde su mismo nacimiento, voy á hacerlos ver que todas las persecuciones suscitadas contra Jesucristo y su Iglesia, solo han servido para aumentar sus triunfos y victorias, y para hacer resplandecer mas y mas la verdad católica.

Me prometo, mis amados oyentes, sacar algun fruto de mi predicacion, no por la elocuencia de mis palabras, sino por la justicia de la causa y la asistencia del Espíritu Santo que impetraremos por la intercesion poderosa de la Santísima Virgen á la que saludaremos con el mayor afecto de nuestros corazones. *Ave Maria.*

#### PARTE ÚNICA.

Necesario será, señores, que antes de proceder á presentar las pruebas que han de confirmar la proposicion que acabamos de establecer, contemplemos el estado que presentaba el mundo al establecerse la religion adorable que tenemos la dicha de profesar. El siglo de Jesucristo fué el mas ilustrado de cuantos le habian precedido. Las ciencias y las artes habian hecho rápidos adelantos; al tiempo mismo que la paz habia sucedido á las sangrientas guerras que en los tiempos anteriores habian llevado por do quier la desola-

cion y el espanto. Sin embargo, la ciencia no era otra cosa que lo que podia ser entonces, una ciencia egoísta! Si examinamos con detenimiento el estado moral de aquella época, veremos que las leyes así como las costumbres eran las mas absurdas: no se conocia principio alguno de caridad, ni garantía en la propiedad, ni vínculos en las familias, ni dignidad alguna en los individuos. ¿Cuál era el Dios á quien rendia culto y adoracion el paganismo? No otro que el placer y la sensualidad. El poder de los emperadores romanos era el mundo todo. El resto de la humanidad se postraba al pié del Capitolio para servir de alfombra á las soberbias césares, ó de sangrienta pira al fuego de las vestales. El despotismo no podia llevarse mas allá. Negarse á obedecer con prontitud una órden del César, á tomar parte en las bacanales ó á doblar la rodilla ante las estatuas de los dioses, era lo mismo que poner la cabeza bajo el hacha del verdugo. La ciudad reina y señora del Universo era la maestra y la esclava de todos los vicios.

Cuando á tal estado de abyeccion habia llegado la familia humana; cuando el mundo de la razon habia llegado á tal extremo de degradacion, entonces apareció sobre la tierra el que era la luz verdadera, cuyo destino era iluminar á todo hombre que viene á este mundo: el Hijo de Dios, el Mesías anunciado en las Escrituras: el que venia á romper las cadenas de la esclavitud del mundo, haciendo adquirir de nuevo al hombre su dignidad que miserablemente habia perdido. A Jesucristo estaba reservado civilizar las naciones, suavizar las leyes, moralizar las costumbres y hacer conocer á los hombres los deberes que les ligan para con Dios, para con-

sigo mismo y para con sus semejantes. Este prodigio debia hacerlo su predicacion, la enseñanza de una doctrina celestial y divina hasta entonces desconocida.

El que tantos beneficios venia á dispensar á la humanidad, verifica su nacimiento segun la carne en un humilde albergue, crece en el seno de una familia desvalida, y permanece en la oscuridad de su retiro hasta que es llegada la hora en la que segun los consejos eternos debe empezar la obra admirable de su predicacion, en la que emplea los tres años que preceden á su sacrificio. Seguid, señores, sus pasos, alumbrados con la brillante antorcha del Evangelio: seguidle cuando lleno de caridad recorre los pueblos de la Judea, y le vereis enseñando á dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. La caridad, la paciencia en la adversidad, la obediencia, la humildad, el amor á los enemigos, hed aquí el asunto principal de sus enseñanzas: los hombres adquieren altísimas nociones de Dios, de su misericordia y de su justicia, nociones hasta entonces desconocidas, y en nombre de su Padre ofrece la Bienaventuranza á los que observan su doctrina. Estaba en el mundo que fué hecho por él, dice San Juan, y el mundo no le conoció. A su predicacion acompañaban asombrosos prodigios: dar vista á ciegos de nacimiento, agilidad en sus miembros á los paráliticos, saciar á una multitud hambrienta con la prodigiosa multiplicacion de los panes y los peces, y dar vida á los muertos, fueron portentos observados por multitud de testigos. Sin embargo, si bien todo esto servia para causar la admiracion de las turbas que mas de una vez quisieron aclamarle Rey, no fué suficiente para hacer caer la venda que cubria

los ojos de los escribas y fariseos, que le perseguian sin tregua ni descanso. Ved aquí por qué Jesucristo les dice en el Evangelio de hoy: «¿Quién de vosotros será capaz de argüirme de pecado? Pero observad la malicia y la mala fé de sus enemigos. No tienen de que acusar á Jesucristo: no han podido advertir en él la mas mínima falta, y si le acusan es porque hace milagros que á juicio de ellos no podria hacerlos mayor el Mesías que esperaban. No querian reconocer en Jesus, ni aun los mismos sacerdotes que se preciaban de entendidos en las Escrituras, los caractéres marcados por los profetas que habian de adornar al prometido Mesías y que de un modo tan claro resplandecian en el Hijo de María. ¡Oh generacion mala y adulterina! ¡Cierras los ojos por no mirar la luz que te deslumbra! « Si os digo la verdad, añade Jesucristo á sus anteriores palabras, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios oye la palabra de Dios: por eso vosotros no la ois, porque no sois de Dios.» ¿Y qué contestan sus enemigos? «¿No decimos bien nosotros, que eres samaritano y que estás endemoniado?» *Nonne bene dicimus nos quia Samaritanus es tu et dæmonium habes?* Vamos ya á ver á Jesucristo dirigiendo la misma pregunta á los incrédulos de todos los siglos, y estos dando exacta contestacion. Vamos á contar los triunfos de la Iglesia por las persecuciones que ha experimentado. Vamos á dar una leccion de grande importancia á los actuales corifeos de la impiedad moderna.

Id por todo el mundo, habia dicho Jesucristo á sus Apóstoles, y predicad el Evangelio á toda criatura: el que crea y sea bautizado se salvará y el que no crea se condenará. En cumplimiento de tan